

cualquier valoración objetiva comprende que los más graves dramáticamente afectados serán esos ciento cincuenta mil obreros españoles que dependen de una industria excesivamente hinchada, alegremente programada y poco acostumbrada a asimilar los niveles de contestación asumidos por los trabajadores.

Por las calles de la ciudad, carreras, golpes, algún disparo, detenciones. La Rambla de las Flores ha asistido a la crispación de los gritos y los despliegues relámpago de la Fuerza Pública ante el sobresalto de la variopinta humanidad habitual de una de las calles más populares del mundo. Por si faltara algún factor de complicación, es obvio que

esta crisis laboral incide en un momento especialmente delicado de la "cosa política" en general, y son muchos los que empiezan a darse cuenta de que es más importante solucionar el caso de la Seat que propiciar la alianza Silva-Areitza-Fraga, por citar la superproducción política en ténico con más presupuesto.

Se insiste demasiado en explicar la envergadura y empecinamiento de los hechos por la actuación de agitadores profesionales. Lo lógico es que de un país progresivamente industrializado y contradictoriamente regulado por superestructuras agropecuarias, empiece a tener más descuidos que remiendos. ■ M. VAZQUEZ MONTALBAN.

CATALUÑA

Jordi Pujol o la hora de la clarificación

A comienzos de la década de los sesenta, el nombre de Jordi Pujol estaba escrito en paredes, puentes, túneles, muros de Cataluña. Detenido con motivo de un acto de afirmación catalanista en el Palacio de la Música de Barcelona y en presencia de varios ministros de los de entonces, Pujol fue condenado a ocho años de cárcel, de los que cumplió cuatro, primero en la Cárcel Modelo de Barcelona y después en la de Zaragoza. Médico que no ejerce, Pujol siempre ha simultaneado sus facetas de presidiario, político y banquero. Durante años, manos anónimas escribieron su nom-

bre en las paredes de Cataluña y luego también durante años menos anónimas han escrito su nombre en las agendas de gentes importantes. Pujol tiene hoy un doble crédito: popular y patrial. El primero se lo ganó en el Palacio de la Música en 1960. El segundo se lo ha venido ganando desde su despacho de la Banca Catalana. No creo que haya hoy día en Cataluña un líder potencial mejor situado para atraerse la clientela social de la burguesía democrática, y al mismo tiempo recibir el «consensus» de algunos sectores oligárquicos catalanes y de una pequeña burguesía democrática más radical. Que Pujol es consciente de su propia situación lo demuestra el que en el salón de actos de ESADE (Escuela Superior de Administración de Empresas) haya lanzado una proclama clara, contundente, sin duda el discurso político más claro que se ha pronunciado en la Península Ibérica desde que se levantó la veda de los discursos trascendentales no necesariamente ligados a la inauguración de un pantano o la entronización de Santiago Apóstol.

Las tesis de Pujol son fácilmente resumibles. Cataluña ha superado uno de los períodos más críticos de su existencia como país. Durante los años cuarenta vivió postrada con la falsa conciencia de padecer un «paréntesis» histórico. A partir de los años cincuenta se desencadena un proceso de recuperación, preferentemente cultural y tímidamente político. Según Pujol, Cataluña era entonces una realidad «... económicamente disminuida, políticamente aniquilada, culturalmente reducida al "ghetto"; es decir, era un pueblo desmoralizado, decapi-

tado, vencido». Se pone en marcha la etapa de «fer país» (hacer país), basada en la reivindicación lingüística y despegue económico. Estas condiciones se han superado, y ha llegado la hora de la verdad política, en la cual Cataluña debe tener voz propia, en relación con el amplio espectro de sus fuerzas sociales. Sobre todo, Pujol convocó a la burguesía catalana para que no abdicara en este momento de su responsabilidad política. Dirigió una especial llamada a la burguesía que ha hecho manitas con la «tecnocracia», requiriéndola para un compromiso con el país y con el futuro.

La traducción de esa Cataluña políticamente vivificada sería un centro —izquierda que comprendería a fuerzas políticas homologadas en toda Europa: democracia cristiana, social demócratas,

res económicos, junto a políticos y minipolíticos representantes de variadísimas tendencias. De hecho, el sentido general de la alocución de Pujol responde a un escepticismo catalán sobre el cauce político abierto por la Ley de Asociaciones. El señor Cruyllés de Peratallada, hombre con vocación de futuro, en su negativa ante el Consejo Nacional no hizo otra cosa que reflejar un estado muy generalizado de conciencia catalana ante la cuestión. Pujol ampliaría puntos de su charla en el transcurso de una cena posterior. Pujol insistió en que considera catalán a «... tot home que viu i treballa a Catalunya (todo hombre que vive y trabaja en Cataluña)». También respondió muy claramente al tema de la juventud, negando que un programa de centro-izquierda fuera poco atractivo para la ju-



Aspecto del salón de actos de ESADE, durante la conferencia de Jordi Pujol.



Pujol: Un doble crédito, popular y patrial.

socialistas... «... es decir, todos aquellos que aspiran, para entendernos, a una sociedad similar a la sueca». Para conseguirlo no queda otra opción que la militancia política, buscando ese amplio «consensus» democrático catalán, situable más allá tanto de una dictadura autoritaria, como de una organización social de corte soviético.

Sobre las asociaciones políticas dijo que no piensa entrar en su juego: «... la Ley de Asociaciones tiene un lenguaje muy diferente del que Catalunya sabe y quiere hablar». Dijo que Cataluña precisa fuerzas políticas propias que le permitan un poder negociador para participar y pactar a nivel de Estado español. Cataluña ha de tener su propia política, y ésta ha de ser eminentemente social: Mayor fiscalidad, mayor control público sobre la economía, menos especulación y sindicatos fuertes.

Los aplausos fueron de final de Norma en el Liceo, interpretada la ópera de Bellini por Montserrat Caballé. Y aplaudían representantes de poderosísimos secto-

ventud catalana: «La mejor política de cara a los jóvenes es la credibilidad, es la consecuencia con lo que se dice, se piensa, se siente». Una frase de Pujol no tiene desperdicio: «Hay gente que les molesta que les llamen social-demócratas, y esto me parece fatal, sobre todo si lo son». «Al referirme a Cataluña no pienso en "unidad", que me parece algo forzado, sino en "consensus" que presupone negociación. Considero que España es un Estado plurinacional, y el caso de Cataluña no se reduce a un problema administrativo».

Se ha empezado a hablar claro. Por la boca de Pujol ha hablado buena parte de la burguesía del país, burguesía a distintos niveles. Tal vez no tanta como Pujol cree, pero mucha, muchísima más de la que pueden haber censado las no reveladas estadísticas oficiales. Si Pujol dio ayer el paso que dio, quiere decir que tiene al menos una espalda cubierta. La otra, hoy por hoy, aquí por aquí, no la tiene nadie. ■ M. VAZQUEZ MONTALBAN. Fotos: SOTERAS.